

Introducción

La definición del paisaje constituye una cuestión muy abierta, que debe ser discutida por la geografía. En un primer acercamiento lo podemos definir como una interacción entre factores físicos —como el terreno sobre el que se asienta, el marco climático, la flora o la fauna que lo puebla, por citar algunos componentes destacados— y los humanos, que abarcan, entre otros parámetros, la evolución histórica en su dimensión social, cultural política e incluso artística. Y dentro de este concepto geográfico, por su intensidad, destaca especialmente el urbano.

Como todas las realidades mundanas, incluido quizás el mismísimo cosmos, el paisaje es una realidad contingente, es decir, sometido a una evolución constante, inestable al estar compuesto por innumerables notas, muriendo para poder alumbrarse, con un principio y un fin. En definitiva, una realidad viva con una cierta transcendencia en el tiempo, al unir distintos momentos cambiantes en un lienzo que quiere ser permanente. La geografía urbana no es un conjunto de compartimentos estancos, sino de veladuras que, como en un cuadro cubista, se superponen unas a otras.

La plaza de Alfonso II, a los pies de San Salvador, fue el corazón urbano de Oviedo durante una gran parte de su historia. Lo que era un espacio trepidante de vida se convirtió en un marco vacío que acogió lo que hoy son solo microcosmos fantasmas: la *urbs* prerrománica, levantada por los reyes asturianos sobre un poblamiento anterior; el entramado medieval, testigo de la titánica lucha entre del templo catedralicio para poder avanzar entre un angosto caserío; una ciudad de mercado en torno a su plazuela y un escenario renovado al servicio de la burguesía finisecular.

En la corte de Oviedo nació el Camino de Santiago. Sus peregrinaciones, unidas al culto de las reliquias más prestigiosas de la Península, en un camino de vuelta, animaron las calles de la urbe con el bullir de unas gentes procedentes de los más apartados lugares; contribuyeron al prestigio de sus gremios, cofradías y mercados, fortaleciendo su economía, e impulsaron la cultura, contrarrestando el relativo aislamiento de la región con iniciativas como la elevación de su altiva flecha calada, una obra maestra absoluta del gótico alemán.

En aras de una falsa modernidad, a la que se unieron la revolución y la guerra con sus destrucciones apocalípticas, además del desarrollo económico, a veces todavía más

dañino, muy poco quedó de todo aquello. Su reconstrucción virtual solo podemos hacerla partiendo de lo conocido y seguro, más o menos documentado, a lo desconocido e hipotético. Como en la perspectiva de un cuadro, el primer plano es mucho más detallado que el segundo, un tanto más borroso, pero en el que aún podemos percibir detalles, para permanecer el tercero en el dominio ya de la imaginación.

Para los siglos XIX y XX disponemos, entre otras fuentes, de las inapreciables fotografías antiguas, con sus imágenes de un mundo que periclitó, y los extraordinarios planos que con tanto mimo se conservan en el Archivo Municipal de Oviedo. Para la ciudad bajomedieval y de mercado existen excelentes monografías y artículos especializados fruto del denodado esfuerzo de numerosos investigadores. Para épocas anteriores, debemos conformarnos con los escasos restos conservados, los datos de unas crónicas muy posteriores a los hechos y las reconstrucciones arqueológicas.

Este trabajo se centra especialmente en el contexto urbanístico y la arquitectura que rodea la catedral de Oviedo, con su epicentro en la plaza conocida en la actualidad como de Alfonso II. Pero lo que fue un fragmento de la intrahistoria en la capital del Principado de Asturias es inseparable de su paisaje, por seguir utilizando unos términos propios de la generación del 98. Una historia del arte que se olvida del ser humano, que es el que precisamente se refleja en ella a modo de espejo, se convierte en una cáscara hueca, ajena a toda realidad social e histórica.

El paisaje urbano del corazón ovetense con sus distintas etapas, como fueron la ciudad ideal que intentó crear de nueva planta Alfonso II, el encaje del gigantesco organismo ojival de San Salvador con la telaraña urbana que la aprisionaba, el nacimiento de una plazuela catedralicia a raíz del trágico incendio de 1521, las remodelaciones burguesas de dicho espacio en el siglo XIX y los intentos de afrancesamiento del arquitecto Juan Miguel de la Guardia, son algunos de los eslabones de un estudio que tiene algo de novela policiaca y abierto a futuras contribuciones.